



HQN™

*El corazón
de una dama*

OLGA
SALAR

*El corazón
de una dama*

OLGA
SALAR

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Olga Salar
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
El corazón de una dama, n.º 195 - junio 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-9188-196-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*La vida es demasiado corta para perderla en
odios infantiles y en recuerdos de agravios.
Charlotte Brontë*

Prólogo

A VECES LAS HISTORIAS COMIENZAN POR EL FINAL...

Londres, 1813

—No me puedo creer que lo hayas hecho —apuntó Harry, el duque de Bollingbroke, mirando a su amiga lady Sarah Danvers, una de las más hermosas debutantes de la temporada, como si hubiera perdido el juicio.

—Pues créelo porque te estoy diciendo la absoluta verdad. Palabra por palabra. —Dio un suspiro cansado—. Por alguna pérfida razón la escena se me ha quedado grabada en la mente y no logro olvidarme de ella.

El duque se pasó las manos por el cabello antes de volver a hablar. Seguramente pensando en qué decir, dadas las circunstancias.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando para hacer algo así? Ha sido una completa locura, Sarah. Deberías haberme contado tus planes.

—Es evidente que no estaba pensando, Harry. De haberlo hecho me habría quedado en mi dormitorio, que era el sitio exacto en el que debía estar. Y si no te lo conté fue porque sabía que, si te lo decía, lograrías convencerme de que era una mala idea.

—Es que era una mala idea.

—Lo sé.

Su voz sonó tan abatida que Harry se sintió culpable por haberla regañado.

—¿Sabes? A lo mejor no es tan grave. Dudo que Rochdale vaya a decir nada a nadie y, por otro lado, para mí sigues siendo tan maravillosa e inconsciente como siempre. —Harry la abrazó, sabedor de que en esos instantes su amiga necesitaba de su apoyo—. Y si hay alguien que es incapaz de verlo, ese es su problema.

Sarah se acomodó en los brazos de su amigo, pero se sintió en la

obligación moral de advertirle:

—Harry, no creo que sea buena idea que me abrases. Estoy segura de que mi madre nos está mirando por la ventana y va a pensar lo que no es.

El duque rio, divertido. Lady Victoria era una de esas tantas madres que se pasaba la temporada a la caza de un marido para su hija. No obstante, Harry estaba seguro de que ya se había dado cuenta de que entre Sarah y él solo podía haber amistad. Se conocían desde hacía mucho tiempo y nunca se habían visto el uno al otro de un modo romántico.

—Estoy seguro de que tu madre sabe, después de tantos años, que entre nosotros no hay nada más que una gran amistad.

Sarah se separó un poco de él para poder mirarlo a los ojos. Su amigo parecía preocupado por sus sentimientos y Sarah lo adoraba por ello.

—Harry Horace Strafford, está claro que tú no conoces a mi madre. Eso o es que eres un iluso si albergas la esperanza de que mi madre vaya a dejar escapar a un duque —dijo, consciente de que en ocasiones las situaciones más ridículas podían alejar, aunque fuera por un instante, la tristeza.

Capítulo 1

A GRANDES MALES, GRANDES FINGIMIENTOS

Londres, 1817

Lady Sarah Danvers estaba más que molesta, ¡estaba furiosa! Tanto que tenía las mejillas rojas de aguantarse las ganas de gritar algún exabrupto poco femenino.

El problema era que su madre no había creído en su malestar cuando se había fingido enferma, o tal vez lo único que le preocupaba a la duquesa viuda era que su hija se perdiera otra velada de la temporada, idéntica a la anterior, y por tanto sus posibilidades de encontrar marido ese año disminuyesen. Como si ella estuviera dispuesta a casarse con cualquiera. ¿Todavía no había comprendido su madre sus intenciones después de rechazar las atenciones de diez pretendientes?

Fuera como fuera, su táctica había fracasado y ahí estaba ella, de nuevo en uno de los bailes más abarrotados de la temporada, cuando hubiera preferido encontrarse en su casa o, si no, lo más lejos posible de cierto marqués prepotente, antipático y terriblemente atractivo que rondaba por el salón y que había regresado a su vida en el momento menos oportuno.

Por ello llevaba dos semanas alerta para no tropezarse con él, prácticamente desde que este había regresado a Inglaterra tras su largo viaje por el continente, y para ese fin había tenido que fingir más jaquecas de las que había sufrido en toda su vida. Incluso había tenido que renunciar a sus paseos a caballo por Hyde Park, convencida como estaba de que, si salía con Desdémona a cabalgar, fuera lo temprano que fuera, se lo encontraría allí. Acechándola, dispuesto a recordarle su vergüenza pasada.

Por otro lado, su táctica de evasión había logrado bien poco: solo que su

madre contemplara la idea de mandar llamar al médico de la familia para que certificara que estaba fingiendo y poder así seguir arrastrándola de baile en baile, a la caza del marido perfecto o, más concretamente, de lo que consideraba ella que debía ser dicho dechado de virtudes y que se resumía en dos máximas: rico y con título.

Lo más extraño era que Sarah nunca evitaba enfrentarse a los problemas, más bien se lanzaba a ellos directamente, pero Matthew Bonham, marqués de Rochdale, era la excepción que confirmaba cualquier regla.

Ya había sufrido un buen escarmiento por ser demasiado valiente con él, o temeraria, según quién juzgara el hecho. Todo lo que tenía que ver con ese hombre quedaba en un plano distinto al habitual, en el que lady Sarah Danvers, la mujer más valiente y decidida entre las mujeres casaderas de la sociedad londinense, pasaba a esconderse tras los pilares que adornaban los salones más concurridos de la temporada y rezaba para no tener que verse frente a frente con el hombre que años antes había acabado con su sueño de casarse por amor.

Fuera como fuere, su madre no la había creído y en esos instantes la vigilaba como un halcón, pendiente de que no rechazara a ningún caballero que le pidiera un baile, de que ese caballero no fuera a ser el definitivo, aquel que por fin iba a llevar a su díscola hija al altar o, Dios no quisiera, permitiendo que el duque de Bollingbroke la entretuviera más de la cuenta ahuyentando con eso a más futuros pretendientes.

Y es que, tras varios años de intentar emparejarlos, lady Victoria por fin se había dado por vencida y había renunciado a que el duque se convirtiera en su yerno.

Con disimulo, Sarah dirigió la mirada hasta la zona de las matronas en busca de su madre y, en cuanto la vio distraída, supo que era su momento para escapar.

Capítulo 2

UN ENCUENTRO Y DOS DESASTRES

Avanzaba pegada a la pared, muy despacio, sin apartar la mirada de la pista de baile, dispuesta a echar a correr y esconderse si el marqués se encontraba entre los bailarines que giraban al ritmo de la música.

No obstante, no fue necesario, ya que ni él apareció, ni nadie, especialmente su madre, se dio cuenta de su cobarde retirada. El que más o el que menos cotilleaba en grupo o bailaba, lo que facilitó que pudiera escapar con bastante facilidad hasta una de las terrazas de la mansión de los condes de Sheene, los anfitriones de la velada estrella de esa noche.

No había hecho más que salir al aire libre cuando volvió a darse de bruces contra la misma piedra que una y otra vez se empeñaba en interponerse en su camino: lady Elisabeth Masterson estaba colgada del cuello de un caballero al que besaba apasionadamente. Su primera reacción fue retirarse sin ser detectada, sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, el perfil del caballero captó su atención. Un mentón marcado, un cabello entre dorado y castaño... De un segundo al siguiente la incomodidad se convirtió en rabia cuando descubrió quién era su acompañante: Matthew Bonham, marqués de Rochdale, el culpable de su mala salud fingida y depositario del entusiasmo de su eterna rival. La única dama a la que detestaba tanto como detestaba que se le descosiera el dobladillo del vestido mientras bailaba un vals.

Durante unos instantes acarició la idea de alertar a los demás. Nada complicado, gritar «*fuego*» y esperar a que el salón en pleno saliera a la terraza para contemplar la escena. Pero, cuando la rabia del momento pasó, su sentido común hizo acto de presencia avisándola de que eso sería casi como hacerle un favor a Elisabeth, algo que no estaba dispuesta a hacer bajo ningún concepto. Matthew podía tener muchos defectos, pero Sarah estaba

segura de que protegería la reputación de Elisabeth aunque ello supusiera una apresurada boda.

Iba a escapar de allí, totalmente irritada, cuando una voz profunda pronunció su nombre.

—Lady Sarah, ¿es usted? —Durante varios segundos permaneció de cara a la entrada del salón, meditando cuál era la mejor opción, si salir corriendo o enfrentarlo de una vez por todas.

Cómo no, ganó su temeridad.

Lentamente, se dio la vuelta y le encaró. Cuatro años sin verse no habían sido suficientes para que olvidara su último encuentro, y eso que no había dejado de intentarlo desde entonces. Para acrecentar su enfado, Matthew sonreía amablemente, como si estuviera encantado con la situación.

Durante el breve segundo en que se permitió mirarle se dio cuenta de que estaba mucho más atractivo que la última vez que lo había visto. Incluso en la penumbra fue capaz de percatarse de ello, lo que la irritó sobre manera.

—Lord Matthew, Lady Elisabeth, les he visto tan entretenidos que no he querido molestar. Así que, si me disculpan... Les dejaré con lo que estaban haciendo. No se detengan por mí, por favor. —Pronunció su discurso con la vista clavada en su rival. No estaba segura de poder mantener la entereza si le miraba a él. Elisabeth, por su parte, la fulminaba con sus ojos oscuros y rasgados. Ni siquiera tuvo la decencia de sonrojarse ante la mordacidad del comentario, había tanta seguridad en su postura y tanta altivez en su mirada que no fueron necesarias las palabras. Sarah comprendió que, nuevamente, se disputaban el mismo premio.

El problema era que la otra dama estaba aventajada. Matt, el nombre con que ella lo evocaba en sus sueños, solo llevaba dos semanas en Inglaterra y ya había conseguido besarle apasionadamente durante un acto público, a tan solo unos metros de la alta sociedad casi al completo.

Incluso había cierta intimidad en su beso: la mano de él estaba posada sobre uno de sus pechos y los brazos de Elisabeth le rodeaban el cuello, aferrándolo a ella. ¿Estarían prometidos? La idea la hizo pestañear, como si la situación fuera a ser diferente al abrir los ojos. Instintivamente, se llevó la mano al pecho, intentando deshacer el nudo que lo oprimía y que por un segundo le paralizó la respiración.

Tenía que huir de allí antes de ponerse en evidencia, se dijo, tratando de recobrar la compostura.

Se disponía a regresar al ambiente cargado del salón cuando la profunda voz del marqués volvió a retenerla.

—¿Cómo le va a su hermano? Tengo previsto visitarle en el campo la próxima semana. Me gustaría acompañarlo durante el nacimiento de su primer hijo —anunció solemne.

—Se alegrará mucho de verle. Siempre le ha considerado su mejor amigo —aceptó ella, olvidando que nunca le había hablado con tanta frialdad, ni siquiera cuando él le rompió el corazón.

—Igual que yo a él —respondió firmemente.

—Lo sé. Buenas noches. Lady Elisabeth, disculpe que le haya robado la atención del marqués durante unos instantes. Ya vuelve a ser todo suyo, ¡que lo disfrute! —Fue consciente de que con sus palabras había desvelado más de lo necesario, pero no le importó.

Necesitaba dejar salir la ira que sentía por algún lado, necesitaba hacerle saber lo mucho que detestaba esa unión. Odiaba la sensación que la embargaba en esos instantes y no se trataba únicamente de celos, era algo más, más intenso. Detestaba sentirse débil, pero al mismo tiempo no podía evitar recriminarse a sí misma que, donde ella había fracasado, Elisabeth había triunfado.

Después de todo, había estado en lo cierto al tratar de evitar a Matthew a toda costa, puesto que el encuentro que había rehuido con tanto ahínco había sido peor que cualquiera de sus pesadillas.

La dama escapó a toda prisa, antes que Matt la volviera a retener alargando nuevamente su conversación. El joven había quedado impresionado al volverla a ver. Lo que no esperaba cuando consiguió desembarazarse del abrazo de lady Elisabeth Masterson era encontrarse con el precioso rostro de Sarah Danvers totalmente desencajado y dolido por el beso del que había sido testigo.

Aunque sí que comprendió la frialdad con la que ella le había hablado y que escapara tan rápido de su lado.

Sarah acababa de regresar al bullicio de la fiesta cuando Harry Strafford, duque de Bollingbroke, se acercó a su lado sonriente, como si estuviera especialmente feliz por un buen motivo. No obstante, cambió el gesto por uno de preocupación en cuanto vio la cara de su amiga.

—Sarah, ¿estás bien, querida? —preguntó visiblemente alarmado por su estado—. ¿Necesitas las sales? ¿Aire fresco?

La joven lo fulminó con la mirada, recuperando nuevamente la entereza. Ella no era tan delicada, eso lo dejaba para mujeres como su cuñada Arabella e incluso para la arpía de Elisabeth Masterson, que aunque pusiera cara de no haber roto un plato en su vida, acababa de romper la vajilla completa delante de sus propias narices.

—¡Salgamos de aquí! —pidió alzando la voz más de lo necesario—. Me estoy sofocando por el calor.

—Por supuesto, querida —concedió al tiempo que le ofrecía su brazo.

Sarah notó la mirada airada de su madre en la nuca cuando la vio abandonar el salón de baile por segunda vez, y nada más y nada menos que con Harry.

Durante las tres últimas temporadas, había rechazado a todos los pretendientes que habían acudido a pedir su mano a Charlie, formalmente conocido como duque de Whitmore. Su hermano se lo tomaba con humor, pero su madre nunca había conocido el significado de esa palabra. Se tomaba demasiado seriamente la obligación de casar a su única hija y de hacerlo bien, por lo que la presión a la que Sarah se veía sometida la empujaba a hacer todo lo contrario de lo que se esperaba de ella.

Además, el que su relación con el duque de Bollingbroke fuera meramente platónica era uno de los reproches que tenía que aguantar de su madre día sí y día también cuando se ponía en plan casamentera.

La brisa que no percibió en la terraza la tranquilizó al salir a los hermosos jardines. El camino estaba iluminado con antorchas y el ambiente invitaba a las confidencias.

Caminaron entre las parejas que también habían salido, algunos para refrescarse después de tanto baile y otros en busca de cierta intimidad, siempre a la vista de la gente. No es que nadie fuera a creer que Harry y Sarah pensarán hacer algo indecoroso, todo el mundo sabía que eran amigos desde hacía años. Y aunque Harry disfrutaba de sus discretas aventuras, como cualquier noble, el arraigo que sentía por las buenas costumbres y su educación como heredero de un ducado habían influido en su manera de ver la vida y, sobre todo, en lo que mostraba a los demás sobre sí mismo. Tan solo su hermano menor y sus mejores amigos, entre los que se encontraba Sarah, conocían el verdadero carácter amistoso y divertido de Harry

Strafford, octavo duque de Bollingbroke. Quien, dado su status, sentía que era su obligación actuar de acuerdo a las normas sociales en todo momento, no como Sarah, que se dejaba llevar por sus impulsos, sin importarle las consecuencias.

De algún modo era ese antagonismo de caracteres lo que los había convertido en los mejores amigos. Ya que, al mismo tiempo que Harry frenaba el atolondrado sentido de la aventura de Sarah, se veía obligado a acompañarla en sus inocentes locuras, preocupado por cubrirle las espaldas y alegrando con ello su plácida existencia.

Se sentaron en uno de los bancos, a la vista desde las ventanas del salón. Sarah rio ante la idea de que su madre, la duquesa viuda, estuviera mirando por ellas y refunfuñando.

Lady Victoria conocía a la perfección la relación que unía a Harry y a su única hija, por lo que estaba todavía más disgustada. En lugar de buscarse un marido, escapaba de allí del brazo del único hombre que no la veía como una esposa potencial, un duque, para más mortificación materna.

—¿Qué te ha sucedido? Y no me vengas con que tienes calor —pidió Harry bajando la voz para que no pudieran escucharle las parejas que paseaban cogidas del brazo.

—¿Por qué crees que me ha sucedido algo? —cuestionó ella en el mismo tono bajo.

Él arqueó una ceja en un gesto que había visto hacer también a su hermano Colin.

—De acuerdo. Me acabo de encontrar por fin con Matthew. —Él volvió a arquear la misma ceja—. Estaba besándose con Elisabeth Masterson.

—¿Estás segura de eso? Nunca se me ocurrió que Elisabeth pudiera estar interesada en Rochdale.

—Me había olvidado de que Elisabeth es amiga tuya —le recriminó nuevamente enfadada—. Pero te aseguro que lo he visto con mis propios ojos. No mentiría sobre algo tan grave.

—Puede que ya no tenga el mismo trato con ella que antes, pero sigue siendo alguien a quien aprecio, Sarah. Su padre se ocupó de Colin y de mí cuando nuestros padres murieron. Y después de lo de su hermano... Su vida no ha sido fácil que digamos. En cualquier caso, no te estoy acusando de mentir.

Las palabras de Harry apaciguaron un poco a Sarah.

—He oído los chismes sobre su padre —reconoció ella.

—Tanto mejor. En ese caso, coincidirás conmigo en que no ha tenido nunca a nadie que la apoye.

—Supongo que ese es un buen motivo para defenderla. —El sarcasmo le afiló la voz.

—No estoy defendiéndola, querida. Solo digo que tal vez las cosas no sean como crees. A lo mejor no está interesada en Rochdale y solo estaba... experimentando.

Sarah estaba a punto de recriminarle que no la defendiera a ella cuando la dichosa voz se lo impidió.

—¡Qué sorpresa, lady Sarah! Parece que en esta ocasión se han cambiado los papeles —dijo Matthew con tono burlón, al verla a solas en compañía de un caballero. La profunda ira que le invadió cuando la vio abandonar el salón del brazo de un hombre se esfumó cuando se dio cuenta de quién era el caballero en cuestión.

—Que yo sepa, no me has encontrado besando a Harry, así que tu razonamiento es totalmente absurdo y equivocado —contraatacó ella—. Por no mencionar que estamos a la vista de todos, no nos hemos escondido de nadie.

Matthew se abstuvo de hacer ningún comentario, le dedicó una de sus sonrisas ladeadas y se giró hacia Harry.

—Bollingbroke —lo saludó al tiempo que hacía un movimiento con la cabeza, aceptando así que Harry tenía un rango más alto que el suyo.

—Rochdale —respondió Harry Strafford al tiempo que le evaluaba.

Conocía a Matthew desde hacía tanto tiempo que estaba convencido de que su carácter no era un misterio para él. Además, contaba con la información de haber visto él mismo la escena completa, por lo que, a diferencia de Sarah, él no creía ni que Rochdale estuviera interesado en Elisabeth ni que la dama lo estuviera en él. Aun así, su amiga estaba en todo su derecho de mostrarse ofendida e incluso celosa.

—Sarah, ¿serías tan amable de concederme el próximo vals? —pidió con sus profundos ojos azules clavados en los de ella—. Sería el mejor modo de darme la bienvenida a Inglaterra.

—Por supuesto —aceptó sin darse cuenta de que, traicionada por sus nervios, acababa de encadenarse a su compañía, algo que tanto había intentado evitar durante las últimas semanas.

—Perfecto pues. Nos encontraremos dentro en unos minutos. ¡No tardes, dulzura! No deseo perder la ocasión de bailar contigo.

—¡Será mandón! —exclamó cuando se alejó lo suficiente de ellos.

Acababa de ordenarle sutilmente que entrara inmediatamente y encima había usado el viejo nombre con que solía llamarla cuando aún eran amigos. Si es que lo habían sido en alguna ocasión, se cuestionó Sarah.

El baile era una burda excusa para mangonearla. Iba a enterarse de quién era lady Sarah Danvers.

—Sarah, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte —le aconsejó Harry al ver su mirada calculadora.

—Tranquilo, no voy a volver a declararle mi amor —dijo riendo, restándole importancia al hecho de que, cuatro años antes, la hubiera rechazado sin muchos miramientos.

Desde los diez años había estado enamorada del mejor amigo de su hermano. Charlie y él fueron compañeros en Eton y, posteriormente, en Oxford. Amigos tan inseparables que hasta las vacaciones las pasaban juntos, por lo que Matt siempre pasaba al menos un mes en Challinor House con ellos, y Charlie otro mes en Dearing Hall, la casa familiar de Matthew. Durante aquellos días Matthew se convertía en su compañero de juegos más divertido. Mientras que Charlie prefería mantenerla alejada de sus juegos masculinos, Matt la llevaba siempre consigo y era él quien le había enseñado a pescar e incluso a nadar en el lago de la finca.

A los diecisiete años, Sarah se había considerado lo suficientemente mayor y hermosa como para atraerle y se había declarado, poniéndose en ridículo.

Había irrumpido en la habitación que ocupaba en la casa de campo de su familia, en plena noche, dispuesta a todo por él.

Ataviada con su mejor camisón, le había confesado su amor e incluso había tratado de besarlo, desesperada por que fuera él quien le diera su primer beso.

Lamentablemente, el encuentro con el que Sarah había fantaseado resultó ser completamente diferente a la realidad.

A pesar de su fama de libertino, Matt se había escandalizado por su comportamiento y la había echado de allí con muy poco tacto. Sin tener en cuenta sus tiernos sentimientos de adolescente que se creía enamorada.

No obstante, eso no fue lo que más hirió a Sarah. Al día siguiente, cuando se levantó con los ojos hinchados por el llanto, descubrió que él se había

marchado precipitadamente en plena noche a Londres. Seguramente, había huido avergonzado por el modo en que la hermana pequeña de su mejor amigo se le había entregado.

Una semana después, Charlie recibió una carta en la que Matthew le informaba que había decidido recorrer Europa durante una temporada. Poco después la guerra le había impedido volver y ahora, cuatro años después, se creía con derecho a darle órdenes. No sabía lo equivocado que estaba, pero ella estaba más que dispuesta a mostrárselo. Atrás había quedado el absurdo temor de volver a verle.

Atrás quedaban la vergüenza y la pena por su rechazo. Esa Sarah ya no existía. Ahora era una mujer que sabía lo que quería, que luchaba por ello y que no se dejaba amedrentar por nadie, ni siquiera por un estúpido y absurdo amor juvenil.

Volvió a tomar a Harry del brazo y se dirigieron hasta el salón. Durante el trayecto, su compañero parlotó sobre equivocarse, alejarse, ser prudente y unos cuantos consejos más, pero ella no estaba interesada en huir. Llevaba haciéndolo dos semanas y ya se había cansado de hacerlo.

Cuando entraron en el gran salón, vio que Matt estaba hablando animadamente con su madre. La muy traidora le sonreía tontamente, encantada de que le dedicara tiempo.

Ella siempre le había adorado, no era novedad, y además desconocía que había rechazado a la hija que llevaba tres años intentando casar. Sarah decidió ser magnánima y perdonarla, ya que no estaba al tanto de los detalles.

Además, su madre seguramente estaba disfrutando al estropearle la diversión a la decena de matronas que estarían encantadas de casar a sus hijas con un marqués rico y atractivo.

El cabello castaño de Matt se veía brillante con la luz que desprendían los cientos de candelabros que estaban dispersos por la habitación.

En cuanto lady Victoria la divisó, le hizo un gesto vehemente para que fuera a saludarles. Era evidente que había estado pendiente de su regreso. Se disculpó con Harry, que conversaba con una de las jóvenes que le perseguían, a él y a su título, y se dispuso a atravesar el espacio que los separaba.

—Lady Sarah —la interceptó uno de sus pretendientes más obstinados.

Le había rechazado en tres ocasiones y él aún insistía en pedirselo. Rezó para que no lo hiciera en esa ocasión, porque estaba tan molesta que dudaba de su capacidad para negarse con cortesía.

—Vizconde —lo saludó cuando se paró frente a ella.

—Lady Sarah, permítame que le diga que está usted preciosa esta noche —la elogió con sus ojillos brillantes por el champagne consumido—. El azul es el color que mejor le va con sus preciosos ojos y su cremosa tez.

Iba a agradecerle el cumplido cuando sintió que alguien se ponía detrás de ella, demasiado cerca para lo establecido por las convenciones sociales.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, vizconde —irrumpió de nuevo la condenada voz y, con ella, el hombre que la poseía.

—Buenas noches, Rochdale. Había escuchado que había regresado de sus viajes, pero no habíamos coincidido para daros la bienvenida.

—Gracias, Wellingham —le contestó con un tono excesivamente frío—. Si nos disculpáis, lady Sarah me ha prometido esta pieza.

—En ese caso, lady Sarah, ¿me concede el siguiente baile libre de su carnet?

Iba a contestar cuando nuevamente Matthew se le adelantó, molesto con la insistencia del vizconde. Había sido informado por la madre de Sarah que este llevaba años pidiéndole matrimonio y, hasta el momento, ella siempre le había rechazado. Pero Matthew no quería tentar a la suerte, conociéndola era capaz de aceptar para mortificarlo.

—Me temo que no va a ser posible, la dama ya tiene todos los bailes comprometidos. Conmigo —recalcó la última palabra a modo de advertencia.

El vizconde se tensó al escuchar sus secas palabras y Sarah se vio forzada a esbozar una sonrisa de disculpa.

—¡Ah! Entiendo. No había sido informado. Discúlpeme, por favor.

Se dio la vuelta, airado y tan rápidamente que estuvo a punto de tropezar con sus propios pies. Se perdió entre la multitud antes de que Sarah pudiera explicarle que sus conclusiones eran erróneas y precipitadas.

—¿Estás loco? —preguntó Sarah al hombre que seguía plantado a su lado—. Ahora cree que estamos comprometidos. Seguramente te ha visto hablar con mi madre y ahora, con tus palabras sobre mis bailes... ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué vergüenza! ¿Qué voy a hacer ahora? Seguramente lo contará y...

—¿Vergüenza por estar comprometida conmigo? —preguntó Matt mientras la arrastraba a la pista de baile, donde sonaban las primeras notas de un vals interpretado por un cuarteto de cuerda.

Ella lo miró como si estuviera loco.

—Vergüenza porque no es verdad y, cuando tenga que negarlo, seré el hazmerreír de toda la sociedad, entre ellos, tu Elisabeth. No —dijo después de pensárselo mejor—, sobre todo de tu Elisabeth —le explicó enfadada y asustada por cómo había cambiado la situación. Cuando entró pensaba escarmentarlo por su autoritarismo y ahora era ella la que se veía en el atolladero.

—No lo es —contestó sin más explicaciones.

—¿Qué cosa?

—Mi Elisabeth.

—Si tú lo dices... —le respondió incrédula. Todavía recordaba el beso apasionado que había tenido la pésima suerte de presenciar.

Matthew la sintió envararse entre sus brazos y achacó el hecho a que no había creído lo que acababa de decirle.

—Es la verdad. Lo que sea que crees que viste, no es lo que pasó en realidad. Ella me besó a mí. Es muy poco caballeroso reconocerlo, pero así fue —dijo apretándola más contra sí—. Yo no tuve más remedio que apartarla, por eso me viste tocándola.

—Nada caballeroso a decir verdad. No es propio de ti —comentó con cierto sarcasmo.

—Olvidaré la primera frase y me tomaré la segunda parte de la misma como un cumplido. No estoy acostumbrado a que me halagues, vas a tener que permitirme el placer.

La joven arqueó una ceja dorada.

—Aun a riesgo de ganarme tu censura, insisto. No fui yo quien inició el beso —comentó avergonzado por tener que desvelar lo sucedido. Los caballeros jamás hablaban de las damas, pero en esta ocasión, el fin bien justificaba romper la norma.

—Sí, claro, y tú se lo permitiste.

Matthew la observó unos segundos antes de hablar.

—¡Estás celosa! —decidió él, visiblemente complacido—. Ese es el motivo por el que estás tan enfadada.

—No seas absurdo. No es cierto. Además, tu relación con Elisabeth es lo que menos me importa en estos momentos. Si no hubiese estado tan aturdida, te habría comentado que bailar juntos era una pésima idea. Ahora seguro que lo creen. Fíjate, todos nos están mirando.

—Que crean lo que quieran —comentó tranquilamente, atrayéndola más a

él.

—¿Estás loco? ¿Cómo voy a explicarles, sin comprometer mi reputación, que es un error?

—No vas a hacerlo.

—¿Perdón?

—No vas a desmentir nada. ¡Nos vamos a casar! —le anunció él, sonriente y divertido por su reacción.

—¡Estás loco!

—Eso ya lo has dicho y, además, estás hiriendo mi ego. ¿No habíamos quedado hace tan solo unos minutos que soy un completo caballero?

—Nunca he dicho tal cosa —protestó—. Por otro lado, estoy segura de que sobrevivirás a mi censura. Al fin y al cabo, no sientes nada por mí y, si yo pude sobrevivir a tu rechazo, seguro que tú también podrás hacer lo mismo ahora.

—Sobre eso quería hablarte. Pensé en muchas ocasiones en escribirte, pero... —comenzó a decir. Sin embargo, la música terminó y, con ella, la conversación.

Para colmo de males, Sarah, que estaba más susceptible de lo normal, vio a su amigo Harry hablando con lady Elisabeth y lady Amelia. Y su enfado con Matt se amplió hasta incluir a Harry y al género masculino en general, por arrogantes e infieles.

Esa misma noche la madre de Sarah se mostró extremadamente feliz, incluso se olvidó de regañarla por haber abandonado el baile dos veces. No paró de sonreír y de hacerle preguntas comprometidas desde que el lacayo las ayudó a subir al carruaje hasta que cerró la puerta de su dormitorio en sus narices.

El marqués no había sido muy prudente que dijéramos y se había pasado la noche rondándola, incluso se había atrevido a pedirle otro vals. Nuevamente Sarah no había tenido más remedio que aceptar, ya que se aseguró de hacerlo delante de su madre, quien desde ese momento, Sarah estaba segura, había empezado a maquinarse la inminente boda de su hija con el marqués de Rochdale.

Capítulo 3

ESCONDERSE EN EL CAMPO SOLO ES UNA SOLUCIÓN TEMPORAL

Cuando llegó a Challinor House, Sarah por fin respiró tranquila. Se había librado de su progenitora y de Matt en un solo movimiento. Con la excusa de atender a su querida cuñada Arabella en sus últimas semanas de embarazo, había conseguido alejarse de los abarrotados salones de baile y de sus distinguidos ocupantes. Ahorrándose con ello el trabajo de evitar a Matt.

Su madre no se opuso, lo que en otro momento hubiera sido impensable, gesto que sirvió para afianzar la idea de Sarah de que su madre pensaba, seguramente como el resto de la sociedad, que Matthew y ella estaban comprometidos. De no ser por un motivo tan de peso, su madre le habría prohibido abandonar la ciudad en plena temporada amenazándola con la indigencia, si fuera necesario.

La duquesa viuda estaba demasiado preocupada por que fuera una triste solterona como para dejarla abandonar la temporada sin oponer resistencia.

Sea como fuere, durante dos días gozó de la única compañía de Arabella y de Charlie, quienes estaban tan enamorados y eran tan felices que a veces la hacían sentir incómoda. ¡Cuánto había deseado para ella un amor así, apasionado y cálido a la vez! Aunque eso ya nunca podría ser... Ni siquiera era inteligente recordarlo.

Tratando de no pensar en ello, se dedicó a agotarse con largas horas a caballo o a dedicar su tiempo al maravilloso jardín de la propiedad.

Tratando de matar el tiempo esa misma tarde había salido a caballo y al volver descubrió que tenían invitados, pues varios baúles estaban siendo descargados en esos momentos de un majestuoso coche. Al parecer, su madre había adelantado su regreso. Lástima, la tranquilidad de los últimos días acababa de terminar, se dijo, sin molestarse siquiera en dedicarle unos

segundos a mirar el blasón pintado en la portezuela.

Iba a subir a cambiarse para la cena cuando escuchó unas fuertes risas que salían del despacho de su hermano. No tuvo que abrir la puerta para comprender que su madre no era el inesperado visitante que iba a acabar con su paz mental.

Molesta por el efecto que la visita había causado en ella, subió las escaleras a zancadas, no sin antes indagar si dicho visitante sería alojado en su dormitorio de siempre, y decidir esperararlo allí.

—¿Estás empeñado en destruir mi reputación? ¿Cómo se te ocurre venir hasta aquí después de lo que sucedió en Londres?

—Te dije que vendría —respondió él, mostrándose poco sorprendido de encontrarla allí, al tiempo que entraba y cerraba la puerta tras de sí, colocando su cuerpo en la entrada para impedir que escapara otra vez de él. Después de todo, ella solita había entrado en la cueva del lobo y Matt no pensaba quejarse por ello.

—Pero tenías que haberlo dejado para otro momento estando yo en Challinor House. ¡Dios! ¿Qué voy a hacer? Van a pensar que estás aquí para cortejarme o, peor, para organizar la boda.

—He venido para ver a Charlie y para traerte a Desdémona. Podrías mostrarte un poco agradecida conmigo.

Ella le miró suspicaz.

—¿Has traído a mi yegua? ¿Por qué? ¿La has montado?

—Tu madre me lo pidió y no, no la he montado. Ha venido en el carruaje que una princesa como ella se merece.

Sarah le miró con desdén, molesta porque se burlara de ella con tanta facilidad.

—¿Mi madre sabía que ibas a venir?

Matt la estudió unos segundos antes de responder. Parecía pretender leer en su rostro.

—Y tú también lo sabías.

—Así que es por eso —musitó Sarah más para sí misma que para Matt.

Ese era el motivo por el que su madre le había permitido visitar a su hermano y a su cuñada, porque sabía que Matt la seguiría en unos días y con ello lograría el matrimonio con el que tanto había soñado para su hija.

—Sea como sea, tu presencia en esta casa acrecentará los chismes. Y no voy a permitir que...

—Ya te dije lo que debes hacer, casarte conmigo —la cortó el marqués.

Ella ignoró el comentario y siguió con su razonamiento.

—Nadie creerá la verdad, que nunca hubo compromiso. Creerán lo que más les interese, lo que más escándalo suscite, que uno de los dos lo ha roto, e inventarán cien mil razones por las que ya no vamos a casarnos. Y, como soy una mujer, me echarán la culpa a mí, y de nada servirá que Charlie sea el duque de Whitmore, estaré acabada para siempre. ¡Voy a tener que casarme con Harry! No va a poder negarse a casarse conmigo. Quiero tener hijos y él es mi mejor amigo, será raro tener que besarlo, pero es la única solución que se me ocurre. Además, el arreglo entusiasmará a mi madre, seré una duquesa, después de todo.

Matthew la escuchó más molesto que divertido ante sus absurdas ocurrencias.

—¡De eso nada! Con quien vas a casarte es conmigo. Ya te lo he dicho —afirmó en un tono que no admitía discusión.

Y como si esa fuera su manera de sellar el trato, recorrió los escasos cuatro pasos que los separaban y la arrastró a sus brazos, al tiempo que la besaba dulcemente.

Matthew tuvo que controlarse para poder ser gentil con ella, lo que menos pretendía era asustarla con su acuciante necesidad.

Sarah había anhelado durante tanto tiempo sus besos que durante unos instantes se dejó llevar por la suavidad con que sus labios presionaban los suyos, la delicadeza con la que su lengua se enredaba en la de ella... Y entonces, una serie de imágenes invadieron su mente. Matt besando apasionadamente a Elisabeth. No era un beso como el que ella estaba recibiendo, suave y comedido, aquel otro había sido un beso lascivo, posesivo... La mano de Matt había descansado sobre el pecho de Elisabeth mientras que en esos instantes las manos de él estaban sobre su cintura, como si no deseara tocarla más que lo justo y necesario.

De un tirón se apartó de la calidez mareante de su cuerpo y lo enfrentó con toda la rabia y la vergüenza que estaba sintiendo en ese instante. Rabia por no ser besada como se merecía y vergüenza por haber correspondido al triste fantasma de un beso que acababa de recibir.

La mirada que le dirigió Matt fue de confusión, pero Sarah no le dio

opción a que cuestionara su reacción. Dio media vuelta y salió de su dormitorio en Challinor House, tan humillada y dolida como la primera vez que entró allí, cuatro años atrás.

Pero algo fue distinto a ese aciago día. Esa vez Matt no se esfumó en plena noche.

Capítulo 4

LA PACIENCIA ES UNA VIRTUD SOBREVALORADA

Sarah estaba molesta por lo que la presencia de Matt suponría entre la alta sociedad, pero no podía negar que tener a Desdémona con ella en casa era lo mejor que le había sucedido en mucho tiempo. Allí podía permitirse galopar, correr y disfrutar de una de sus pasiones, la equitación. Por alguna razón, estar entre animales le calmaba el mal humor e incluso la ayudaba a olvidarse de las preocupaciones.

Por ello, y por evitar a cierto invitado, esa misma tarde se puso el traje de montar y bajó a ejercitar a su yegua. Llevaba demasiados días sin su inseparable amiga y, siendo justos, necesitaba que el aire fresco borrara de su mente todos los pensamientos sobre cierto marqués arrogante que había irrumpido en su vida sin ser invitado.

¿Cómo había podido ser tan insensible como para burlarse de ese modo de ella? Que se casara con él, había dicho. Como si ella estuviera dispuesta a dejar que él se sacrificara para restaurar su maldito honor. Prefería ser excluida de la sociedad y convertirse en una paria antes que aceptar su caridad. Tal vez la hubiese aceptado de otro, pero no de él. De hecho, estaba decidida a pedirle a Harry que se casara con ella si con ello se libraba de la deshonra. Si se casaba con su mejor amigo tendría mucho más de lo que tenían la mayoría de las mujeres, puesto que se uniría a un hombre que la quería y la respetaba, aunque estaba claro que nunca habría amor romántico entre ellos.

Decidida a dejar de pensar en sus problemas, espoleó a Desdémona y la condujo hasta el bosque que circundaba la propiedad. Si no hubiese estado tan preocupada, habría ido a visitar a los arrendatarios de su hermano, ya que llevaba meses sin pasar a verlos y, por esas fechas, los hijos de la señora

Smith, la esposa del guardabosques, serían ya unos niños alborotadores.

Antes de que llegara Arabella a sus vidas era ella quien los visitaba y quien les llevaba las cestas de Navidad que se preparaban cada año para ellos y, aunque ahora era deber de su cuñada hacerlo, Sarah les había tomado cariño a muchos de ellos y siempre que estaba en casa se escapaba a verles.

A pesar de ello, en esa ocasión deseaba estar sola. Llevó a Desdémona a su rincón favorito, aquel en el que nadie la regañaba por correr, ni por replicar en lugar de hacerse la tonta, ni por negarse a bailar con el primer caballero que se lo pidiera, ni siquiera por desear casarse por amor.

Allí podía gritar y hacer lo que se le antojara, y eso era exactamente lo que necesitaba. Olvidarse del lío en que andaba metida. Desmontó a la yegua y, sin muchos miramientos, se dejó caer sobre la hierba, sintiéndose un poco perversa. Después de todo, a esas horas una dama bien educada tenía que estar bordando o durmiendo la siesta para estar perfecta a la hora de la cena.

Lanzó una carcajada de felicidad. No, ella no era como el resto de mujeres.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto la maldita voz que no hacía otra cosa más que atormentarla.

De un salto se puso en pie, preparada para presentar batalla.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Me estás siguiendo? —aventuró molesta, buscando el caballo que lo había llevado hasta allí. Lo divisó a unos pocos metros, atado a un árbol. Era evidente que había tenido toda la intención de acercarse a ella sin ser escuchado.

Matthew se limitó a sonreír y a repasarla con una mirada que comenzó en la punta de sus botas y acabó en la pluma de su sombrero.

—Yo he preguntado primero.

—No eres un caballero —lo acusó—. Cuando una dama te hace una pregunta, debes responder.

—Pero tú no eres una dama —Sarah no le dejó terminar la frase. Completamente ofendida, lanzó un grito de asombro—, eres mi prometida —remató el marqués.

La indignación regresó con más fuerza.

—¿Por qué sigues con eso? ¿De verdad te importa tanto tu maldito honor para que sigas insistiendo en algo que nunca va a suceder?

—No se trata de mi honor, sino del tuyo.

La respuesta fue como un jarro de agua fría para Sarah. Primero parpadeó como si quisiera asegurarse de que Matt estaba plantado delante de ella y

después abrió la boca para hablar, pero no llegó a emitir ningún sonido ya que en esos instantes no tenía la menor idea de qué decir.

Ella misma se lo había buscado. ¿No quería una respuesta? Pues acababan de dársela.

—Tengo que regresar —logró articular.

—Sarah, no...

No escuchó lo siguiente que salió de los labios de Matt. Cuando este se quiso dar cuenta, ella ya estaba montada sobre Desdémona corriendo como alma en pena.

Esa noche no bajó a cenar con los demás. Se excusó alegando dolor de cabeza y ni su hermano ni su cuñada se atrevieron a cuestionarlo. Lo más terrible del caso fue que en esa ocasión la migraña era real. Después de su encuentro con el marqués no había tenido ni un segundo de paz, no podía quitarse de la cabeza la respuesta de Matt.

Capítulo 5

LA BODA DE LA TEMPORADA

A la mañana siguiente, cuando entró en el salón de desayunos, toda la familia estaba reunida en la mesa, incluso su cuñada había bajado temprano para comer con ellos. Estaba ya en las últimas semanas de su embarazo y su marido la tenía prácticamente enclaustrada en su dormitorio. El peso de su estómago y su delicada constitución hacían que se agotara solo con ver las escaleras, algo de lo que Challinor House podía presumir.

Sarah tomó asiento junto a Arabella, lo más apartada de Matthew que le permitía la buena educación, con la mirada fija en cualquier punto lo suficientemente alejado de él.

Charlie leía la prensa del día, mientras su esposa conversaba animadamente con su amigo, quien al parecer había esperado que Sarah bajara al comedor para sorprenderlos a todos anunciando que quería hablar en privado con Charlie. El duque levantó la vista del periódico, sorprendido por la seriedad de su voz.

—¿De qué quieres hablar conmigo en privado? —preguntó conoedor de los chismes a través de las columnas de sociedad que leía Arabella.

—Se trata de tu hermana —respondió el marqués solemnemente.

La aludida levantó la cabeza de los huevos revueltos que aún no había tocado y notó como comenzaba a sonrojarse.

“No, por favor”, rogó. “Que no le diga a Charlie que pretende casarse conmigo para restaurar mi honor o me veré obligada a aceptarlo”.

—¿Quieres hablar de Sarah en privado, conmigo? —la voz de Charlie sonaba con una mezcla de confusión y esperanza.

—Lo de en privado ya no puede ser, pero sí. Quiero pedirte formalmente la mano de tu hermana.

Se escuchó un gritito de alegría proveniente de Arabella, y otro de sorpresa de la estupefacta muchacha, que agradeció estar sentada porque, si no, hubiese ido a parar al suelo al escuchar como Matt solicitaba formalmente su mano. Pero para su incomodidad, la conversación no había hecho más que empezar.

—¿Te ha aceptado ella? —preguntó el duque como si ella no estuviera presente.

—Sí, lo ha hecho —anunció convencido. Sarah ahogó un grito indignado—. De hecho, queremos casarnos cuanto antes.

Charlie arrugó la nariz, gesto que hacía inconscientemente cuando pensaba en algo excesivamente complicado.

—¿Hay algún motivo por el que quieras casarte tan pronto? —Su mirada estaba fija en los ojos de su amigo, pendiente de cada gesto de su interlocutor—. O permíteme reformular la pregunta, ¿hay algún motivo por el que debáis casaros rápidamente?

—Ninguno por el que debas preocuparte —respondió Matthew sonriente—. A no ser que te inquieten los chismes que especulan sobre nuestro compromiso.

El duque dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

—Ni lo más mínimo —zanjó el duque.

—Eso pensaba. —Se alegró Matthew.

—En ese caso, felicidades, hermano. —Ambos hombres se levantaron y se abrazaron, encantados con lo que acababa de suceder. Parecía que los dos hubieran decidido el destino del mundo.

Arabella, por su parte, empezó a parlotear sobre si eran mejor las calas o las rosas blancas para el ramo de una novia. Sarah apenas escuchaba nada de lo que su cuñada comentaba sobre los preparativos, lo único en que podía pensar era en que iba a casarse, nadie se lo había pedido, pero iba a hacerlo de todos modos.

La joven se debatía entre el amor que sentía por Matthew y el temor a casarse con él y lo desdichada que iba a ser si él únicamente le ofrecía su mano para protegerla de las habladurías.

Lo triste era que, aunque él casi había confesado que su compromiso era para protegerla, todavía seguía albergando esperanzas. Al final iba a tener que darle la razón a su madre con que era una ilusa romántica.

La cabeza de Sarah daba vertiginosas vueltas. Todo había sucedido tan

rápido, se sentía tan diferente, y no solo por el detalle de que su nombre hubiera cambiado, sino por el hecho de que era la primera vez en su vida que no veía ninguna salida a su nueva situación.

Capítulo 6

Y SI FUERA AMOR...

No podía dormir, por ello se había subido un libro de la biblioteca, no tanto para leer sino para evitar pensar.

Después de que Matt le pidiera su mano a Charles, se vio embarcada en la boda por la que su madre tanto había rezado. Su hermano tardó un par de horas en enviar un lacayo para avisar a la duquesa viuda de que sus más profundos sueños estaban a punto de hacerse realidad.

Si ya era malo estar en medio del cariñoso interés de Arabella, cuando su madre llegara y se hiciera cargo de todo no iba a tener rincón donde esconderse.

Sarah apartó la mente de sus preocupaciones cuando escuchó que llamaban suavemente a la puerta. Se incorporó en las almohadas. Seguramente sería Mary, su doncella, que habría visto la luz de las velas y le llevaría un chocolate caliente para ayudarla a conciliar el sueño. Sonrió agradecida. Iba a tener que pedirle permiso a su madre para llevarse a Mary a su casa cuando se casara con Matt. Se llevó la mano a la frente al darse cuenta de lo que acababa de pensar, estaba comenzando a resignarse a un matrimonio de conveniencia.

—Adelante —invitó pasar a su doncella, todavía sorprendida por los derroteros que había tomado su cabeza.

La puerta se abrió con cuidado, pero no fue la cabeza de Mary la que asomó.

—¿Estás visible? —preguntó Matthew sin llegar a entrar del todo—. No es que me queje si no lo estás.

Sarah se puso de pie de un salto, saliendo de la cama y cogiendo su bata.

—¿Qué haces aquí?

Él decidió que lo mejor era entrar de una vez, por lo que cruzó la puerta y cerró tras de sí.

—He pensado que lo mejor era tratar de igualar el tanteo. —Sonrió—. Así que este es tu dormitorio.

Si inicialmente se había mostrado cuidadoso a la hora de entrar, en esos momentos había dejado atrás la timidez y se permitía el placer de revisar el contenido del tocador de Sara, e incluso de tomar el libro que ella estaba leyendo.

—Una elección difícil, no cabe duda de que buscabas algo que te hiciera dormir —murmuró, dejando el libro de nuevo sobre la cama.

—¿Vas a decirme de una vez qué haces aquí? —insistió ella.

La mirada que él le dedicó fue tan intensa que Sarah se sintió completamente expuesta ante él, como si Matt fuera capaz de ver más allá de la fina bata y del camisón que llevaba puesto.

—Tienes un pelo precioso —apuntó él, acercándose a ella. Tan cerca como para poder tocar su dorado cabello con solo alargar la mano—, es tan suave...

—Matt... —musitó ella, fascinada con su proximidad.

Ningún hombre, además de Charlie, la había visto nunca con el cabello suelto, y mucho menos se había atrevido a tocárselo.

—Tienes razón —aceptó, carraspeando y tratando de asumir el control de sus emociones de nuevo—, he venido a darte algo.

Ella vio como se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacaba una pequeña caja.

—Sé que nuestro compromiso ha sido poco ortodoxo, prácticamente te he obligado a aceptarme, pero esto deseaba hacerlo bien —dijo al tiempo que abría la caja y un precioso rubí bordeado de diamantes quedaba a la vista de Sarah.

—Espero que te guste pero, si no es el caso, puedes cambiarlo.

Sarah tardó unos segundos en poder hablar.

—Es precioso. ¿Es de tu familia? —preguntó.

Con el poco tiempo del que había dispuesto, Sarah estaba segura de que habría tenido que recurrir a una joya familiar unida al marquesado.

Matt arrugó la frente antes de responder. Parecía debatirse internamente en alguna cuestión personal.

—No. Lo elegí expresamente para ti. El rubí es exactamente del mismo

color que tus labios.

Sarah enrojeció de placer.

—Gracias. Es precioso. ¿Me lo pones?

El marqués asintió y lo sacó de la caja. Sarah le tendió la mano y notó un hormigueo de placer cuando sintió que él la tocaba.

—Te queda perfecto.

Ella asintió, moviendo el dedo para que los diamantes brillaran a la luz de las velas.

—Ahora ya es oficial. Eres mi prometida y vamos a casarnos.

—Sí.

—¿Puedo besarte? Así sellamos el trato.

Sarah asintió y Matt no perdió el tiempo.

Con la misma ternura que la vez anterior, atrapó sus labios en un beso delicado que a Sarah le supo a poco.

—Buenas noches, dulzura.

Se despidió demasiado pronto.

Sarah se metió en la cama consciente de que estaba a punto de ser una mujer casada. Harry, que viajó en cuanto supo la noticia del inminente enlace de su amiga, intentó animarla alegando que debía sentirse feliz porque, fuera por el motivo que fuera, iba a casarse con el hombre al que había amado desde niña, pero ni con esas se sintió mejor.

Los días previos a la boda no vio a su futuro marido. Matthew se marchó a Londres alegando que tenía que hablar con su madre y con su abogado, pero Sarah sospechaba que quería evitarla, sabía que se casaba con ella por un deber moral y eso era precisamente lo que hacía que se compadeciera de sí misma. Ninguno de los besos que habían compartido le había permitido albergar esperanzas de que él la quisiera o incluso de que la deseara. Matt había sido siempre demasiado comedido con ella.

El día llegó y todo pasó tan rápido que apenas tuvo tiempo de asimilarlo cuando el sacerdote informó que podían besarse. Ese leve roce aún fue menos sentido que el primero que recibiera de su boca, por lo que se encontró el resto de la velada fingiendo una alegría que no era capaz de sentir, tal era su estado de confusión. Solo su querido amigo Harry, y para su mayor sorpresa, lady Elisabeth, parecían entender lo que escondía su corazón.

La boda de lady Sarah Danvers y el marqués de Rochdale fue considerada por la alta sociedad como la boda de la temporada. Por un lado, por lo inesperada que había sido la noticia del enlace, lo que daba pie a los chismosos para especular sobre el motivo de tanta prisa y, por el otro, por los propios contrayentes. El marqués de Rochdale era uno de los mejores partidos de la temporada, atractivo, rico y con título. Acababa de regresar a Inglaterra tras cuatro años en el continente y en menos de tres semanas anunciaba su compromiso nada más y nada menos que con la hermana de su mejor amigo. Por su parte, lady Sarah era la única hermana del duque de Whitmore y la hija de lady Victoria, una de las matronas más respetadas por la sociedad, además de una belleza con una dote tentadora y buenas conexiones.

El enlace iba a celebrarse en la capilla de Challinor House, la propiedad vinculada al ducado de Whitmore en el condado de Kent, razón por la que la alta sociedad al completo abandonó Londres, en plena temporada, para ver a los novios darse el “Sí, quiero”. Entre todos ellos se encontraba Harry Horace Strafford, quien, como amigo de lady Sarah, no podía faltar. La sorpresa fue que iba acompañado de su cuñada, lady Elisabeth Strafford, de soltera Masterson, antigua enemiga de la novia.

Capítulo 7

TODAVÍA QUEDAN ALGUNOS HOMBRES BUENOS

Harry estaba más nervioso que la novia y eso era realmente un gran mérito, puesto que Sarah estaba tan preocupada que no dejaba de fruncir el ceño a pesar de que su cuñada Arabella le había avisado repetidas veces de la cantidad de arrugas que el gesto causaba en el rostro.

Al ver que Sarah no hacía caso a sus cariñosos consejos, Arabella decidió que tal vez necesitara un poco de intimidad con Bollingbroke, ya que este había sido desde siempre el único que conseguía apaciguarla con su inacabable paciencia y su sonrisa tranquila.

—Harry, creo que no es una buena idea que me case —anunció Sarah.

—Querida, ahora no es buen momento para decir eso, vas a contraer matrimonio en tres días. Estoy seguro de que son los nervios los que hablan por ti —intentó apaciguarla su amigo.

—Matthew anunció a todos nuestro compromiso —siguió contando ella—. Fijó la fecha y se marchó rápidamente a Londres. No sé nada de él desde entonces —comentó visiblemente enfadada.

Su futuro marido huía de ella antes de la boda, desde luego no era un buen augurio para su inminente matrimonio. Y todo a pesar de que se había mostrado encantador con ella cuando le dio el anillo de compromiso.

Tanto que incluso la había llevado a creer que quizás las cosas no fueran como Sarah había pensado. Lamentablemente, la esperanza le duró poco. Al día siguiente, cuando bajó al salón, se topó con que su prometido había vuelto a huir de ella.

—Tendrá asuntos que atender. No te preocupes —dijo el duque intentando salir del paso.

No pudo conseguirlo. Algo en la modulación de la voz o el simple instinto

de Sarah hizo que se diera cuenta de que su amigo sabía algo más de lo que decía.

—Harry Horace Strafford, dime ahora mismo lo que sea que me estás ocultando.

El susodicho suspiró resignado.

—Me lo encontré en Londres hace un par de días, exactamente la víspera del día en que Elisabeth y yo salimos para Challinor House —dijo haciendo cuentas—. Fui al White's para pagar las apuestas sobre... ya sabes qué... y entonces vi a Matthew que también estaba en el club. No me pareció atareado —confesó finalmente—. Aunque también es cierto que era bastante tarde para andar metido en negocios.

Sarah comenzó a desesperarse, ahora con la certeza de que tenía motivos para hacerlo, y Harry se regañó a sí mismo. ¿Por qué no podía fingir como el resto del mundo? La respuesta fue inmediata: porque Sarah no era el resto del mundo. Era su mejor amiga, la persona a la que más quería después de Colin, su irreverente hermano menor.

Sarah le miró con los ojos húmedos y notó cómo se tragaba las lágrimas que no deseaba derramar delante de él.

—¿Sabes? Después de todo, eso no es lo peor, Harry —dijo en un tono que pretendía sonar despreocupado.

—¿Y qué es lo peor según tu criterio, querida?

Ella medio sonrió.

—Lo peor es que hayas tenido el descaro de traer a lady Elisabeth a mi boda.

La sonrisa de Harry fue inmediata. El alivio que le inundó fue total. Si Sarah se permitía bromear era porque no estaba tan afectada como él había creído.

—Ahora es mi cuñada y debo aclararte que no es como creías que era. Tenéis más en común de lo que nunca podrías imaginar.

—Supongo que te refieres al hecho de que tengamos un esposo que no nos quiere. —La tristeza volvió a aparecer en su rostro.

—Creo que ese punto es discutible. Primero porque tú todavía no tienes esposo y segundo porque estoy seguro de que mi hermano adora a Elisabeth. —Se dio cuenta de que Sarah estaba a punto de preguntarle por su comentario final, pero no le dio opción—. En cualquier caso, no hablaba de eso. Lo cierto es que vuestro carácter es muy similar. Siento que acabaréis

por apreciaros la una a la otra.

—Estoy demasiado agotada para dudar de tus palabras o siquiera para tomarme la molestia de contradecirlas. De modo que me limitaré a decir que espero que estés en lo cierto, sobre todo si esperas que te perdone por haberla traído a mi boda sin avisarme.

—Querida, tú la invitaste —bromeó Harry.

—En realidad, lo hizo mi madre y estoy segura de que lo hizo porque ahora es la esposa de Colin o quizás como venganza por todas las veces por las que me quedé en casa alegando dolor de cabeza. —Medio río.

Harry asintió con una sonrisa y, por una vez, la dejó salirse con la suya.

Capítulo 8

A VECES LOS ENEMIGOS NO SON MÁS QUE AMIGOS POR CONOCER

Sarah sabía que lo que iba a hacer era una locura, pero ¿cuándo le había preocupado a ella hacer locuras? Ciertamente era que en los últimos días había descubierto una nueva amiga en lady Elisabeth Strafford, pero pedirle a una antigua enemiga que la acompañara a Londres, todo en el mismo día, era una locura, se mirara por donde se mirara.

En cualquier caso, tenía que ir a Londres y solucionar el problema. Menos mal que Kent no estaba tan lejos, apenas a hora y cuarto en tren, se dijo para infundirse ánimos. Si todo iba bien podrían estar en casa para la cena y nadie sabría nunca de su pequeña aventura.

Fingiría que iba a montar con Elisabeth y ambas escaparían hasta la estación. Una vez allí podían dejar los caballos a buen recaudo y montar en el tren que las llevaría a la ciudad. No obstante, dos mujeres solas por las carreteras, aunque fuera un trayecto tan corto como hasta la estación, no era una opción segura, se dijo mientras urdía el plan.

Lo más sensato sería llevarse a un caballero que las escoltara hasta allí, pero qué caballero sería ese. No podía contar con Charlie, ni con Harry y, por supuesto, tampoco podía pedirle a Colin, el esposo de Elisabeth, que las acompañara. Ninguno de ellos iba a aceptar su propuesta sin explicaciones y Sarah no se sentía con fuerzas para hablar con ninguno de ellos sobre su plan o la finalidad del mismo.

Tal vez... Detuvo el pensamiento, consciente de que era una locura, pero estaba desesperada. Necesitaba que alguien las acompañara a Londres y un lacayo no era una buena opción. Ninguno de los hombres de su hermano mantendría el secreto si este le pedía explicaciones.

Respiró profundamente para armarse de valor y con paso decidido

abandonó su dormitorio y se dirigió hasta el ala de los invitados. No fue necesario preguntar a ningún criado por la habitación que buscaba. Por casualidad había escuchado a Arabella anunciar que el dormitorio verde le correspondería a la persona que necesitaba.

Temblando de pies a cabeza se detuvo frente a su puerta y llamó con suavidad. En lugar de responder, como había esperado que hiciera, la puerta se abrió de repente y el vizconde Torrington la miró sorprendido por su presencia allí.

—Buenas noches, milady. ¿Sucede algo? —preguntó buscando detrás de ella a alguien más.

—¿Puedo pasar?

A pesar de su fama de libertino, Sarah advirtió que parecía a punto de salir corriendo.

—¿Ha venido sola?

Ella asintió, preocupada por su reacción. Parecía a punto de cerrarle la puerta en las narices. Como si no supiera cómo enfrentarse al hecho de que la hermana de su anfitrión estuviera sin carabina llamando a su puerta.

—No creo que sea buena idea —se excusó Torrington.

Sarah agitó la cabeza, asombrada por el arranque de sensibilidad del vizconde y, sin muchos miramientos, lo empujó para entrar en su dormitorio. Inmediatamente se dio cuenta de que este había cambiado. En primer lugar, estaba impregnado por el aroma del vizconde y, en segundo lugar, los libros y los pañuelos que había sobre las sillas lo habían convertido en un lugar habitado y real.

—Si su hermano supiera que está aquí me mataría.

—En ese caso, lo mejor será que no lo sepa —zanjó Sarah—. He venido porque requiero de sus servicios en un tema especialmente... delicado para mí.

El rostro del vizconde palideció tanto que Sarah temió que fuera a desmayarse.

—¡Dios santo! ¿De qué está hablando?

Sarah tardó unos segundos en comprender a qué conclusión había llegado él. Después de todo, estaba metida en su dormitorio en plena tarde, justo en el instante en el que todo el mundo se estaba preparando para la cena...

Se sonrojó. No pudo evitarlo.

—No se trata de ese tipo de favor —dijo avergonzada—. Necesito que me

cubra. Mañana Elisabeth y yo vamos a hacer una excursión a Londres y necesito que usted nos acompañe para protegernos de los posibles problemas que puedan surgir.

—¿Cómo dice? ¿Se puede saber qué se le ha perdido a usted en Londres? —inquirió visiblemente más tranquilo. Ahora que ya había descartado que la dama estuviera interesada en él podía atenderla como se merecía.

Sarah suspiró sonoramente antes de hablar.

—Se me ha perdido un prometido, milord. Eso es lo que he perdido y lo que me gustaría recuperar.

James la observó unos instantes, admirado por su valentía y por su determinación. Esa mujer no solo era hermosa, además era todo un carácter. Rochdale tenía que estar enfermo si no se daba cuenta de la joya que tenía al alcance de la mano. E incluso podía entender que ella quisiera asegurarse de que su prometido fugaz no se había arrepentido.

La miró para comprobar que ella estaba impacientándose, por lo que esbozó una sonrisa, que siempre le funcionaba con las mujeres, y se dispuso a aceptar su propuesta. Después de todo, estaba convencido de que, si no las acompañaba, viajarían solas. En todo caso, no tenía previsto acompañarlas sin asegurarse primero la opinión de Harry.

—Creo, Sarah, que si voy a hacer de protector me he ganado el derecho a que me llames James. Yo estoy más que dispuesto a llamarte por tu nombre de pila.

Ella sonrió y le tendió la mano, como si se tratara de un pacto entre caballeros. No queriendo ofenderla, el vizconde le estrechó la mano. En otras circunstancias se la hubiera besado, como se hacía con las damas, pero Sarah... esa damita era especial.

—Me parece justo, James. Ahora, si me permites, voy a contarle a Elisabeth mi plan.

James abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Todavía no le has dicho nada? Tal vez no desee acompañarte.

Ella hizo un gesto con la mano, como desechando el tema.

—No te preocupes. Estoy segura de que aceptará venir conmigo.

—Creía que erais enemigas mortales —se burló él.

—Eso era antes de conocernos mejor. Ahora hemos descubierto que nos parecemos más de lo que nunca imaginamos.

James se llevó la mano a la cabeza teatralmente.

—Si Elisabeth es como tú, estoy seguro de que este viaje va a ser mi muerte.

Ella rio, encantada, y se marchó por donde había venido.

Los planes de Sarah trastocaban un poco los de Elisabeth, quien tenía pensado seducir a su esposo mientras estaban en Challinor House, no obstante, no podía dejar a Sarah en la estacada. Comprendía a la perfección lo que estaba sufriendo su amiga, puesto que ella estaba pasando por algo similar. Además, le vendría bien alejarse de su esposo durante unas pocas horas. Por otro lado, saber que iban a ser escoltadas por el vizconde era un golpe maestro caído del cielo. Puede que Colin no la amase como ella deseaba, pero era evidente que iba a molestarle mucho con ello, dado el interés que mostraba por cubrir las apariencias.

A todos los asistentes se les dijo lo mismo, que las hermanas del vizconde y su madre estaban haciendo una visita a unos familiares que vivían a solo unas millas de Challinor House y, que tanto las damas como el propio Torrington habían sido invitadas a pasar el día con ellas.

Arabella quedó fuera de la invitación por su estado y Amelia, a quien tanto Elisabeth como Sarah le había contado sus planes, se excusó alegando jaqueca.

El único cambio fue que en lugar de viajar hasta la estación a caballo, como había planeado Sarah, los tres hicieron el recorrido en un magnífico carruaje con el emblema del ducado de Whitmore en el portón. De ese modo no despertaron sospechas y las damas viajaron más cómodas.

Capítulo 9

LOS VERDADEROS AMIGOS ACUDEN EN TU AYUDA CUANDO MENOS TE LO ESPERAS...

Harry miró significativamente a James cuando vio que escoltaba a las mujeres de vuelta a la casa. Sin embargo, el vizconde no le hizo ningún gesto que le diera una pista de cómo había ido el viaje.

De todos los presentes, solo Harry y Amelia sabían cuáles eran los planes de Sarah porque James se lo había contado buscando con ello su apoyo y su consejo, ya que Harry no solo era el mejor amigo de Sarah, sino que era también el cuñado de Elisabeth. La fuente de Amelia había sido la de las propias damas, que buscaron su ayuda para cubrir su viaje.

—Ha sido culpa mía. He hablado más de la cuenta —había admitido Harry cuando James le contó los planes de su amiga.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad, que le vi en el club bastante relajado. Te puedo asegurar que no le acompañaban ni su madre ni su abogado. La primera porque su madre no puede acceder al club y la segunda porque compartimos el mismo letrado y no le vi por ninguna parte.

Torrington se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cómo se te ocurrió? No tendrías que haberle dicho nada.

—Es mi amiga, no puedo mentirle y, siendo justos, estaba bastante molesto por Sarah.

—Es una mujer —se quejó su amigo—, tienes que aprender a mentirles si esperas sobrevivir entre ellas.

—Eso es un poco cínico por tu parte.

James sonrió con sarcasmo.

—El cinismo también es una buena cualidad para sobrevivir entre las

mujeres inteligentes. Ahora dime qué debo hacer. Me da miedo lo que podemos encontrarnos en Londres, visto lo visto.

Harry apuró la copa de brandy que tenía en las manos. Estaban en la biblioteca de Challinor House, fingiendo que habían ido hasta allí para disfrutar del brandy de importación de Charlie, cuando en realidad trataban de proteger a las mujeres a las que querían y apreciaban.

—Acompáñalas. Pero no permitas que Sarah vea nada que no deba ver.

—¿Crees que...?

No pudo terminar la frase.

—Sinceramente, no sé qué creer. Nunca he tenido a Rochdale por un libertino, capaz de jugar con los sentimientos de una dama, pero también es cierto que ha vivido muchos años en el extranjero. Las personas pueden cambiar.

—Supongo que sí —aceptó Torrington, sabedor de que le habían repartido la peor parte.

Harry apartó de su mente los recuerdos de la noche anterior y trató de adivinar lo que había sucedido mirando a los protagonistas. Tanto Sarah como Elisabeth parecían cansadas, aunque Sarah no mostraba ninguna expresión que Harry fuera capaz de descifrar. No obstante, sí captó la tensión en los hombros de James, quien estaba tan tenso que Harry pensó lo peor.

Preocupado por el resultado de las pesquisas de Sarah, se trasladó a la biblioteca a esperar a que James llegara y le pusiera al día de lo sucedido. Su amigo tardó una hora en aparecer. Al llegar había pedido un baño y, aunque se había dado toda la prisa posible, no pudo aparecer antes.

—¿Qué ha sucedido? ¿Lo habéis encontrado? —preguntó Harry antes siquiera de que James cerrara la puerta.

—No exactamente.

Harry comenzó a impacientarse. Llevaba esperando mucho tiempo y James se dedicaba a divagar, en lugar de decirle lo que fuera de una buena vez.

—¿Eso qué significa?

—Ni Sarah ni Elisabeth pueden entrar en el club, por lo que las dejé en mi casa tomando el té y me acerqué a ver si Matthew estaba por allí. —Se detuvo.

—¿Y?

—Estaba jugando a las cartas completamente despreocupado. Tenía toda la intención de decirle que Sarah estaba en mi casa y que deseaba verlo y hablar

con él, pero en el último instante lo pensé mejor y no le dije nada. Al llegar a casa les dije que había pasado por su casa para dejar una tarjeta y que el mayordomo me había informado de que estaba reunido con su abogado y que no sabía a qué hora iba a regresar.

—¿Se lo creyeron?

James asintió.

—Creo que Sarah comenzó a relajarse después de eso. Salimos para la estación media hora después y estuvo más animada que a la ida.

—¿Por qué no le dijiste la verdad? —inquirió Harry.

—Porque no hubiera servido de nada. Tienen que casarse. Las invitaciones han sido enviadas, los asistentes están comenzando a llegar... Sería su ruina y lo sabes.

Harry suspiró cansadamente.

—Tenía la esperanza de que dijese otra cosa.

Torrington parecía confuso.

—¿Otra cosa? ¿A qué te refieres?

—Esperaba que dijese que iba a ser un buen marido y que solo estaba disfrutando de sus últimos días de soltería.

—Puedo decirlo si te sientes mejor, el problema es el que tú tan acertadamente apuntaste ayer: que Rochdale ha pasado los últimos cuatro años lejos de Inglaterra, ya no sé qué clase de hombre es.

—Por su bien espero que sea el mejor. Odio los duelos, ya sabes que no se saca nada bueno de ninguno, pero no estoy dispuesto a tolerar que haga daño a Sarah.

—Estoy seguro de que Charlie nunca lo permitiría.

Dos días después y, a pesar de las dudas de los amigos de la novia y de la propia protagonista, la pareja se casó en la capilla de Challinor House. La novia iba ataviada con un vestido azul hielo que destacaba la palidez de su piel y el dorado de su cabello.

La marquesa, ahora marquesa viuda, quien llegó un día antes que su hijo, y lady Victoria, organizaron un desayuno nupcial por todo lo alto. Era difícil adivinar por sus sonrisas cuál de las dos madres estaba más feliz por el matrimonio de sus hijos.

Capítulo 10

UNA NOCHE DE BODAS PARA RECORDAR

Muchas horas después, tras un tranquilo viaje hasta Dearing Hall, Sarah vagaba nerviosa y descalza por el dormitorio de su nuevo hogar. Las preciosas alfombras Aubusson que había bajo sus pies impedían que notara el frío que inundaba su cuerpo, un frío que no provenía de la temperatura de la habitación sino del temor que albergaba en su corazón.

La nueva marquesa de Rochdale llevaba el camisón y la bata lavanda que su cuñada Arabella se había empeñado en regalarle para tal ocasión. El tono de la seda resaltaba el color entre verde y azul de sus ojos.

Siguiendo sus instrucciones se había dejado el cabello dorado suelto. A pesar de la apariencia delicada, Sarah había descubierto que su cuñada era todo un carácter cuando se requería que lo fuera.

Además de Elisabeth, Arabella era la única mujer a la que Sarah le había contado la vergonzosa historia con su ahora esposo. En el bando masculino solo Harry sabía que se había declarado cuatro años atrás y que él la había rechazado sin contemplaciones.

La duquesa no había dicho nada abiertamente, pero Sarah sabía que era demasiado romántica para creer que si Matt se había casado con ella era guiado por el amor.

Por desgracia, Sarah era una mujer más realista y sabía que eso era imposible. Para ella no había ningún sueño romántico al que aferrarse que la ayudara a sobrevivir en ese matrimonio.

Escuchó ruido en la habitación contigua, la que pertenecía a su ahora marido, y la valentía de la que había hecho gala durante toda su vida desapareció al pensar en lo que estaba a punto de suceder.

Unos suaves golpes en la puerta evitaron que se pusiera histérica.

—Adelante —dijo en voz alta para que la escuchara su marido, quien se había quedado parado en el umbral de ambas puertas con una bata azul como único atuendo, mirándola fijamente con una expresión mezcla de sorpresa y de aceptación.

—Dulzura, estás preciosa con el cabello suelto. Quizá deberías dejártelo así más a menudo —comentó sonriendo, aunque sus pasos no eran tan decididos como siempre.

—Eso no sería muy apropiado —respondió con un hilo de voz—. Solo las niñas pueden llevar el pelo sin recoger.

Él asintió, aunque Sarah estaba segura de que no la había escuchado.

—¿Estás asustada? ¿Qué te dijo tu madre sobre lo que va a pasar? —preguntó incómodo por tener que tratar ese tema con ella. Prefería ponerlo en práctica.

—Que no me preocupara, que estaba segura de que sabrías lo que tenías que hacer para que fuera una experiencia inolvidable para mí —contestó con las mejillas ardiendo de vergüenza.

—La fe que tiene tu madre en mí me emociona profundamente —confesó divertido, olvidándose de pronto de su anterior incomodidad.

—Conoce tu reputación. Eso es todo —contestó de repente, molesta al recordar el beso entre lady Elisabeth y él. Algo realmente ridículo teniendo en cuenta que no había sido más que un beso y que ya había perdonado a Elisabeth por ello. Por otro lado, era evidente que Matthew había tenido muchas amantes con las que había hecho algo más que besarse, si eran ciertos los cotilleos que en su ausencia habían volado de boca en boca por los salones de baile.

—También la conoces tú y, sin embargo, no estás confiada, ni siquiera tranquila —comentó él, de repente serio y formal.

—Eso es porque yo sé la verdad —dijo olvidándose de su pudor a favor de su dignidad de mujer.

—¿Y cuál es la verdad según tú, dulzura? —Su pregunta sonó retadora, como si quisiera comprobar si estaba dispuesta a comentar la evidencia que escondía su precipitado matrimonio.

—La verdad es que te has casado conmigo por obligación, porque en el baile de los condes de Sheene te precipitaste al hablar con el vizconde de Wellingham y ahora pagas las consecuencias. Que nada de esto —dijo señalando el dormitorio— es lo que hubieras elegido para ti de haber podido

hacerlo. ¿Crees que no desconozco el motivo por el que te has mantenido alejado de mí desde que nos prometimos?

—¿Y cuál es el motivo?

—Imagino que te marchaste para tratar de encontrar una solución a este entuerto que no acabara en boda. O tal vez lo hiciste porque deseabas estar lo más lejos posible de mí.

—En realidad, fue algo así, sí.

Sarah palideció al escuchar de sus propios labios como se confirmaban sus sospechas.

—¡Oh, Dios mío!

—Sarah, tranquilízate y deja que me explique —pidió al verla tan alterada.

—¿Qué hay que explicar? Creo que ya ha quedado todo dicho.

—¿De verdad piensas así? ¿Realmente crees que entre nosotros está todo dicho?

—Yo solo sé que tú no deseabas esto. Jamás habrías escogido esto por tu propia voluntad —expuso Sarah con valentía.

—Tienes razón. Si hubiera podido elegir, hace mucho tiempo que hubiera hecho esto.

No dijo nada más, no fue necesario. Antes de darse cuenta, Sarah estaba entre sus brazos y sus labios no eran suaves ni corteses, sino posesivos y voraces. Era evidente que la conversación le había molestado, puesto que se había olvidado de ser cuidadoso y tierno.

—Ya que no deseas escucharme, permíteme que te lo muestre —pidió sobre sus labios.

Sintió como sus manos subían por sus costillas. El camisón y la bata que llevaba eran tan finos que notaba cada caricia como si sus dedos le tocaran directamente la piel.

Matt la acariciaba con todo el anhelo que había retenido durante los cuatro largos años que habían estado separados. Ella se sintió derretir y gimió suavemente, abrumada por las sensaciones.

El sonido que escapó de la garganta de su esposa le hizo volver a la realidad.

—Sarah, cariño, lo siento, no quería asustarte —le tembló la voz—. Llevo tanto tiempo queriendo hacerlo... Deseándote.

—¿Querías besarme? —preguntó ella sorprendida.

—Por supuesto que quería besarte, llevo huyendo de lo que provocas en mí

cuatro años —confesó él—. ¿Por qué crees que te obligué a casarte conmigo? ¿Por qué crees que me marché después de darte el anillo?

—No lo entiendo —dijo ella, confusa todavía por sus caricias y, sobre todo, por sus palabras, mientras unas lágrimas que no podía controlar corrían por sus mejillas—. Me rechazaste, te dije que te quería y tú me echaste de la habitación y de tu vida. Te avergonzaste tanto de mí que dejaste Inglaterra. Ni siquiera tuviste delicadeza para echarme de tu dormitorio. Y lo mismo pasó tras comprometernos, volviste a marcharte...

—No, Sarah —dijo él, mientras borraba las lágrimas de su esposa con las yemas de los dedos—. Cuando me dijiste que me querías tenías diecisiete años, eras una niña y, por mucho que quisiera estar contigo, no me pareció justo para ti. Pensaba que era un enamoramiento pasajero y que si te decía lo que sentía y nos casábamos, cuando se te pasara acabarías odiándome por ello. Pensé mil veces en regresar, pero temía que ya no estuvieras interesada y era mucho más soportable saberlo desde la distancia que teniéndote cerca de mí en cada baile, en cada cena... Y si te pedí que te marcharas de ese modo fue porque sabía que, si te miraba o te tocaba, jamás te dejaría ir.

—Pero...

—Y cuando te di el anillo —se llevó las manos a la frente, tratando de recomponerse—, estabas tan tentadora con el cabello suelto... Te deseé en cuanto te vi, tanto que supe que, si no me marchaba cuanto antes, acabaría seduciéndote y no lo deseaba, dulzura. Quería hacer las cosas bien contigo. Quiero hacerlas bien por ti.

—Pero yo te deseaba también, te quería, te quiero...

No la dejó continuar, eso era todo lo que necesitaba saber. Su boca era suave y dispuesta, Sarah era tan apasionada que no estaba seguro de poder aguantar mucho si ella seguía entregándose así. Sin dejar de besarla, se desató el cinturón del batín de terciopelo azul oscuro que llevaba puesto. Iba descalzo, por lo que se quedó completamente desnudo ante ella. Su esposa se apartó de su boca para contemplarlo. Era la primera vez que veía a un hombre sin ropa, pero estaba segura de que no había otro más atractivo que su marido. Tenía los músculos fuertes y desarrollados y la piel tostada por el sol del continente.

Juntando toda la valentía que la caracterizaba, se deshizo de su propia bata y se quedó solo con el diminuto camisón lavanda. Los ojos de Matt se agrandaron por la sorpresa; su ropa de cama mostraba más de lo que

ocultaba, era casi transparente. Sin apartar su mirada de la de ella, se acercó y la arrastró suavemente hasta el lecho. Se deslizó sobre ella, esforzándose al máximo por ser cuidadoso y no descargar todo su peso sobre Sarah. Las manos le temblaban de deseo contenido.

Se entretuvo jugueteando con sus pechos, Sarah era delgada, pero voluptuosa. A pesar de los vestidos escotados que estaban tan en boga entre las damas, jamás se hubiera imaginado que sus senos fueran tan deliciosos, y eso que los había imaginado en innumerables ocasiones durante sus largas noches de insomnio producido por estar alejado de ella. La piel de esa zona era la más blanca y delicada que había visto nunca. Inclinandose, le rozó un pezón con los dientes, después se lo metió en la boca y lo succionó con delicadeza. Su esposa lo agarró del cabello, pegándolo más a su cuerpo, incitándolo a seguir.

Los sonidos que ella emitía, unidos al calor de su piel, estaban haciendo estragos en su autocontrol.

Suavemente le separó los muslos y se instaló entre ellos. La piel de Sarah era suave y olía a jazmín, el perfume que siempre había relacionado con ella, el mismo que lo había vuelto loco en sus viajes, cuando siempre que lo percibía se giraba como un loco, buscándola.

Con la palma abierta recorrió el largo camino de sus piernas hasta llegar al punto que tanto ansiaba y sintió el respingo de Sarah cuando deslizó los dedos por su centro. Estaba húmeda, pero no lo suficiente para acogerlo. Con suavidad, deslizó un dedo en su interior.

—Matt... —susurró ella, sorprendida por lo que el gesto estaba despertando en su cuerpo.

—Shhhh... Confía en mí, mi amor —le pidió sin retirarse.

Volvió a besarla, voraz, ansioso por estar dentro de ella, por sentirla suya. Su boca dejó sus labios y se concentró en el hueco de detrás de su oreja, el lugar donde la piel era tan sensible.

—Matt, quiero quitarme esto —pidió Sarah.

El camisón le molestaba, le picaba la piel, necesitaba sentir la calidez de su esposo sobre ella y la suave seda era todo lo que la separaba de él.

Una vez que estuvo desnuda se sintió más atrevida y, sin vacilar, acercó sus manos hasta la suavidad de acero de su marido y curvó sus elegantes dedos sobre él. El sonido que escapó de la garganta de Matthew la asustó y la hizo sentir poderosa a la vez. Lo acarició con delicadeza, con temor a hacerle

daño, pero él no quería delicadezas en ese momento, curvó su mano derecha sobre la de ella y, sin dejar de mirarla, le mostró lo que tenía que hacer. Sarah se sintió excitada como nunca se había sentido.

—Suficiente —pidió Matt con voz ronca—. Si sigues así vas a avergonzarme.

Sonrió al darse cuenta de que ella no entendía sus palabras. Su esposa era muy inocente, a pesar de lo apasionada que se estaba mostrando. La idea de que disponía de una vida para instruirla le hizo inmensamente feliz. Tan feliz que se encontró sonriendo como un bobo.

—¿Por qué sonríes?

—Me gusta lo que estoy pensando —confesó sin dejar de sonreír.

—Creo que a mí me gusta lo que estás haciendo —musitó ella.

—¿Crees? —preguntó al tiempo que la provocaba de nuevo.

—Lo sé.

Con delicadeza, volvió a hundir otro dedo dentro de ella. Estaba cada vez más preparada, pero no lo suficiente. Con la palma abierta comenzó a rozar su centro, Sarah se arqueó contra su mano buscando un contacto más profundo, entonces él deslizó su boca desde detrás de su oreja hacia abajo, dejando atrás su ombligo y un reguero de deliciosos besos, sustituyendo sus dedos por sus labios.

El sabor de ella era dulce y picante a la vez, y era tan irresistible que apenas podía contenerse, se estaba volviendo loco de deseo. Notó como los músculos de su esposa se contraían y ella se arqueaba más contra su boca. Sarah se quedó quieta sobre la cama, se sintió perdida en sus propias sensaciones.

A duras penas pudo apartarse de ella lo suficiente como para colocarse a su altura. El rostro de su esposa estaba sonrosado por la excitación y el clímax, tenía los ojos cerrados y la boca hinchada por sus besos. Él estaba tan duro que dolía, nunca había estado tan desesperado por poseer a nadie, ni siquiera cuando era un joven inexperto. Con cuidado colocó su miembro entre sus blancos muslos y volvió a besarla. Sarah regresó de su ensueño tan dispuesta como lo había estado minutos antes.

Abrió los ojos como platos cuando sintió que Matthew se deslizaba en su interior.

—Tranquila, mi amor, no voy a hacerte daño —susurró él con la cabeza enterrada en su cuello.

—¿Estás seguro? Arabella dice que la primera vez duele. Y estoy segura de que eso es demasiado grande.

El marqués contuvo la risa cuando la vio señalar su miembro y llamarlo “eso”.

—A ti no te va a doler —afirmó él, y terminó de deslizarse en el interior de su cuerpo. Se quedó quieto a la espera que ella se adaptara a su tamaño.

Sarah apenas dio un respingo debajo de él.

—¿Ya está? ¿Esto es todo? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Te ha dolido? ¿Te he hecho daño?

—Casi nada, más bien me ha molestado. ¿Ya hemos acabado?

—Para nada. Ahora viene lo mejor, dulzura —dijo él con una sonrisa maliciosa en los labios.

Comenzó a moverse, lentamente al principio y más deprisa después. Sarah se sorprendió al saber que todavía había más, su madre tenía toda la razón al pensar que Matthew sabría qué hacer. Esa fue la última idea con sentido que pasó por su mente.

Un par de horas después, Sarah estaba demasiado feliz y nerviosa para dormir, por lo que acibillaba a su esposo con preguntas.

—¿Siempre será así? —preguntó ella, totalmente despejada.

—No, será mejor —contestó él con la voz pastosa por el sueño—. Con cada vez nos conoceremos mejor y sabré lo que te gusta y lo que no.

—¡Oh! Eso es fácil, me ha gustado todo.

—Me alegro.

—¿De verdad me quieres? —Apenas podía creer que todo lo que le estaba pasando fuera real.

El marqués abrió los ojos. No hubieran sido necesarias las palabras, pero aun así respondió, dispuesto a terminar con todas las dudas que pudiera tener su esposa.

—Te amo, siempre lo he hecho, aun cuando me sentía demasiado viejo para ti. —Sarah rio divertida. Él solo tenía seis años más, ni siquiera había llegado a los treinta—. Aun cuando temía que Charlie quisiera retarme a un duelo si le decía lo que sentía por ti, siempre te he amado. Nunca ha habido nadie más que tú.

Su esposa frunció el ceño.

—Me refiero en mi corazón, la cama es otra cosa distinta. —Sarah volvió a fruncirlo—. Salvo en esta ocasión, por supuesto. Llevo años fantaseando con este momento y ahora que por fin se ha hecho realidad, solo puedo pensar en repetirlo.

—¿Y por qué no te dejas de cháchara y me demuestras lo mucho que deseas el bis?

Matt se apoyó en el brazo y se alzó para mirarla a los ojos. Alzó la mano libre y le apartó un rizo rebelde de la frente.

—Eres una descarada.

—¿Eso te molesta?

—En absoluto. Me gustas exactamente tal y como eres.

Sarah rio contenta. La realidad, su matrimonio con Matt, era mucho mejor de lo que ella nunca había soñado.

—Te quiero —confesó ella.

—Lo sé —respondió él.

—Esa no es la respuesta que esperaba.

Matt rio feliz.

—Lo sé.

Y, a pesar del cansancio, volvieron a fundirse en un beso largo y profundo que auguraba grandes noches.

Epílogo

Y FUERON FELICES Y COMIERON PERDICES... CASI TODOS

Las semanas posteriores a su boda trajeron, para Sarah, una serie de descubrimientos, todos ellos felices, que la colmaron de dicha y de esperanzas.

El día siguiente al enlace descubrió que la noche de bodas no se acababa con la salida del sol y que su esposo era mucho más romántico de lo que jamás hubiera imaginado.

También aprendió que, a veces, resultaba más agradable no tener razón que tenerla, sobre todo si al no estar en posesión de ella se ganaba una amiga como Elisabeth. Pero, sobre todo, aprendió que el amor era un sentimiento que podía con todo, incluso con la desesperanza. Por todo ello, Sarah se sentía la mujer más feliz del mundo y, como tal, deseaba que todos sus seres queridos compartieran su felicidad.

Su hermano y su cuñada también lo eran, puesto que habían sido padres de un precioso niño regordete con los mismos cabellos rizados y dorados de su tía. Su madre estaba exultante, no solo porque había un heredero para el ducado Whitmore, sino también porque ya había casado a su hija nada menos que con un marqués, que además resultaba ser un hombre al que apreciaba profundamente.

Incluso su antigua enemiga, Elisabeth, ahora confidente y compañera de intrigas, había encontrado por fin la dicha en su matrimonio. Por lo que de ese exclusivo círculo que habitaba en su corazón, el único que no había encontrado la felicidad de la que Sarah disfrutaba era su mejor amigo, Harry Horace Strafford, octavo duque de Bollingbroke.

Y aunque jamás lo hubiera creído si alguien se lo hubiera dicho unas semanas atrás, contaba con la inestimable ayuda de una nueva amiga que

deseaba lo mismo que ella: la felicidad conyugal de Harry.

Además, la parte más importante para cualquier enlace, la novia, también estaba elegida. Tanto Elisabeth como ella habían dado con la mujer perfecta para su amigo y lo más extraordinario era que ni siquiera habían tenido que discutir para escogerla, ambas habían pensado en la misma persona, lo que certificaba su perfección para el cargo.

Se trataba de una dama distinguida, hermosa e inteligente que ostentaría el papel de duquesa a la perfección y, lo más importante, lograría que Harry fuera feliz.

Una vez que la elección estuvo decidida quedaba lo más delicado, emparejarles, y qué mejor momento para hacerlo que durante el bautizo del futuro marqués de Rochdale, aunque si en lugar de un niño nacía una niña tampoco iban a quejarse. No muchas niñas contaban con su excelencia, el duque de Bollingbroke, como padrino.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com